

UNA FAMILIA DE CHICOS SIN FAMILIA

ELISEO TOURÓN

Vivimos en Madrid. Somos una familia del todo singular. Constituida por chicos menores de edad, refugiados de todas las guerras, persecuciones y hambres del mundo. Al frente de ella estamos tres compañeros mercedarios. Y en este servicio nos ayudan dos señoras que llevan el trabajo de la casa: la comida, la limpieza y la ropa. Pero su tarea no se queda ahí. Su razón de orden, sensibilidad femenina y su entraña maternal llegan también a otros rincones y aspectos de los chicos y de la casa. Lo que se ha dado en llamar "la ética del cuidado" por la vida, y que es tan importante.

Estos menores de edad, refugiados, que llaman a nuestras puertas pidiendo "asilo político", necesitan una nueva casa paterno-materna para recomponer sus cuerpos y sus almas maltratados por el drama sangriento de sus países. He aquí que la ciudad capitolina y mesetaria se ha convertido en un litoral, en una playa a la que llegan arrojados por las mareas y marejadas de la historia los hijos de las revoluciones, contrarrevoluciones, guerras civiles, golpes de estado o hambrunas de este mundo. Casi se podría leer la historia convulsa de nuestro tiempo pasando revista a las recentísimas generaciones de nuestros refugiados.

Yo conocí en otra casa la primera oleada asiática de laosianos de aquella guerra de Indochina de los primeros años ochenta. Fue mi primera convivencia con el budismo y el cristianismo del Extremo Oriente.

Por esta casa de Castelar, entre las plazas de Ventas y Manuel Becerra, han pasado varias generaciones marcadas por la guerra y el hambre en los escasos ocho años desde su apertura. Aquí se acogen doce chicos de toda tribu, lengua y nación, sin proponérselo. Ya se encarga la historia. Apostolado —sin querer— simbólico y menor, porque ni da más de sí la casa ni se podría formar con más chicos una familia. Aquí se han escuchado y se escuchan las lenguas más exóticas de África y de la remota Asia, de

la Europa eslava o de la América hispana: el farsi, el kurdo, el somalí, el árabe, el suahili, el kirundi, el kimbombo, el polaco, el rumano, el ruso, el ucraniano. A ellas se sobreponen las lenguas modernas de las colonizaciones occidentales: los anglófonos, los francófonos y los de habla portuguesa. Han sonado también los acentos latinoamericanos como silbos de pájaros tropicales de algún cubano de Fidel, de la Nicaragua sandinista, del Salvador y hasta un chileno del régimen de Pinochet.

En el recentísimo historial de la casa, la primera oleada que llegó fue de muchachos, casi niños, de la revolución de Jomeini. Huyendo de la intolerancia, la persecución y el miedo a formar parte de la inmediata leva de combatientes jovencísimos de la guerra cruel entre Irán e Irak, desembarcaron en el aeropuerto de Barajas los primeros muchachos iraníes y kurdos. Éstos mostraron una mejor capacitación de estudios que los venidos de Africa en general. Algunos eran hijos de altos cargos militares de los tiempos del Sha, y uno de ellos nieto de un embajador en la India. Fueron sacados de Irán vía Turquía para salvar la vigilancia policíaca. Superado el primer escollo de la lengua, pudieron terminar pronto la EGB y arremeter con el BUP y el COU. Uno ha accedido a estudios superiores de gemología, y otro a la carrera de informática.

Islámicos y cristianos vienen a ser mitad por mitad. Del Islam están representados los sunnitas y los chiitas. De éstos son los iraníes. Aquéllos tuvieron dos representantes únicos, uno afgano y el otro somalí. El primero era un piadoso guerrillero musulmán (*muyaidin*) que perdió un ojo en la guerrilla contra los comunistas y soviéticos; el otro se lo salvaron los médicos españoles de la Cruz Roja. Después de un año se reintegró a su país. El segundo tenía un aspecto principesco. Hijo de un subsecretario del régimen anterior al de los "señores de la guerra", Mohamed Farah Aidid y Alí Mahdi Mohamed. Llegó a Madrid vía El Cairo después de una penosa huida a Sudán. Pronto se constituyó en líder de los islámicos de la casa. Fervoroso creyente, practicaba en casa los tiempos de oración e iba todos los viernes a la mezquita madrileña de la M-30. Y procuraba arrastrar a los otros musulmanes del Senegal, más indolentes, que dejaron después de ir. Él mismo experimentó la dificultad de cumplir con el ayuno del Ramadán, al principio observado y luego abandonado, en una sociedad plural, democrática y secularizada como la nuestra. Lo que observaban más escrupulosamente la mayoría de los islámicos era no comer cerdo. Vivió con angustia y desesperación la "operación esperanza"

de los norteamericanos en Somalia, a partir del espectacular desembarco en las playas de Mogadiscio.

Los chiitas, en cambio, nunca fueron a la mezquita por diversos motivos. Uno de ellos por ser sunnita el imán, y otro por ser víctima de la intolerancia de Jomeini. A todos ellos les gustaba la civilización y la democracia occidental. Más de uno profesaba simpatías por el cristianismo. En concreto, uno tenía parientes cristianos en Teherán, con los que compartía regalos en las fiestas de Navidad y Pascua. Por propia iniciativa ha asistido a las catequesis de sus amigos y ha estado presente en eucaristías del domingo y de las grandes fiestas. Su simpatía no ha dejado de madurar, apuntando a veces con agudeza nuestras contradicciones y preguntando ciertas cosas con gran interés. Otro encontró una gran familia cristiana que ha sido como su familia. El padre, profesor emérito de matemáticas de la Universidad Complutense, lo introdujo en esa asignatura con gran aprovechamiento. Ha sacado de él un buen matemático.

Si a esto sumamos el grupo cristiano de diversas Iglesias que vive en casa, el panorama nos da un poco que pensar y nos recuerda dos cosas. Una la profecía-promesa de Jesús: "Vendrán de oriente y de occidente, del norte y del sur, y se sentarán en la mesa del reino de Dios" (Lc 13,29). Ya están entre nosotros. La otra es que se pone a prueba la sincera y ardiente tarea de "la nueva evangelización" y del diálogo ecuménico y, sobre todo, la convivencia con las otras religiones y culturas. Es lo que marcan "los signos de los tiempos". El Papa lo ha dicho y ha hecho algunos gestos simbólicos, como el de orar por la paz en Asís junto con otros representantes de religiones de todo el mundo¹.

El grupo cristiano procede de las distintas marejadas y marejadillas de la reciente historia de África, que arrastra la descolonización y es más sensible a la crisis mundial y a sus gobiernos dictatoriales, corruptos o enzarzados en guerras y guerrillas. Una primera emigración, y también la más numerosa, procedía de Angola. Eran muchachos fugitivos de la guerrilla UNITA y del caos económico y del hambre del país. Unos llegaron vía Lisboa; otros, vía Cuba, cuando las tropas de Fidel estaban luchando en su país. La mayoría de ellos son cristianos católicos, pero también hay bautistas. Tuvimos la satisfacción espiritual de que uno de

¹ Es lo que el gran biblista y pastor luterano Gerd Theissen deja entrever en su reciente obra homilética, muy bella por cierto, *La puerta abierta* (Salamanca 1993) 148.

ellos, de familia católica, se bautizó aquí en Madrid, después de ser muy bien acogido por un grupo juvenil de un colegio de religiosos que se preparaba para la confirmación mientras él recibía la preparación para el bautismo.

Tenemos también cristianos de otras procedencias. Dos etíopes y otros de Liberia y de Sierra Leona. De los etíopes, uno es católico y el otro de la antiquísima Iglesia monofisita de Etiopía. El primero ha pasado por mil calamidades. Ejecutado su padre después de resistir en la guerra de Eritrea —había sido alto mando militar del régimen de Mengistu, al tiempo que su madre había trabajado como civil para el ejército—, mataron a todos los de su familia, y él es el único superviviente. Huyendo por la noche con otros militares desertores, llegó hasta el puerto de Asad, en el Mar Rojo. Él y otro militar se camuflaron de polizones en la sala de anclas de un barco filipino y allí pasaron dos días navegando, sin probar bocado, por puertos del Mediterráneo hasta desembarcar en Alicante, donde pidieron asilo político.

El padre del segundo fue encarcelado después de la guerra, y su madre huyó a España. A él, el mayor de siete hermanos, los abuelos le consiguieron un billete de avión hasta Madrid. Tras una angustiosa búsqueda de su madre, desplazada fuera de Madrid para ganarse la vida, pudo finalmente encontrarla, pero la carencia de medios económicos los mantiene de momento separados.

Otra historia de nuestros chicos sin familia es la de un senegalés a quien mataron toda la familia. Un tío, en vísperas de ser ejecutado, le consiguió un viaje para escapar, primero por Mauritania y Marruecos y después atravesando en patera el Estrecho hasta las costas de Málaga. Logró llegar en *autostop* hasta Salóu, donde vivía otro tío suyo.

Éstas y otras son las historias rotas de estos muchachos, que viven con nosotros recomponiendo sus cuerpos y almas maltrechos, mientras crecen, estudian o aprenden otros oficios, se hacen hombres y preparan un futuro más esperanzador. No lo tienen todo claro ni fácil. Por una parte, la dificultad de conseguir asilo político y, por otra, algunos amagos de xenofobia por parte de ciertos grupos radicales (cabezas rapadas, neonazis) están en el aire.

No tenemos con estos muchachos ninguna pretensión si no es la búsqueda y la experiencia conjunta de tolerancia y de respeto a las diferencias étnicas, religiosas y culturales. Y esto por convicción humana y cristiana.

Tratamos de favorecer la práctica de sus creencias religiosas, sin imposición. Que aprendan a convivir pacífica y amigablemente. Nos interesa su crecimiento como personas, su preparación en la lengua española, sus estudios y su capacitación profesional, para que un día puedan ser como uno de nosotros, formando parte del mismo proyecto humano, social y democrático. Que se sientan en casa como en su casa, haciéndola habitable.

En este proyecto colaboran por diversos capítulos INSERSO, el organismo tutelar de menores de la Comunidad Autónoma de Madrid y la Cruz Roja. En el fondo, estamos contribuyendo en forma sintomática a realizar lo que Dominique Wolton ha llamado *la dernière utopie, naissance de l'Europe démocratique*². Una pequeña realidad como la nuestra puede ser una prueba de contraste y verificación, pero también de florecimiento de la esperanza.

² Edgar Morin, en un reciente artículo de *El País* (5.2.94) titulado *La deseuropa*, advertía de los peligros en curso que podrían dar al traste con todo el proyecto.